

REJAS ADENTRO,  
REJAS AFUERA. DIARIO  
Y CARTAS DESDE  
LA CÁRCEL, ENTRE  
REALIDAD Y FICCIÓN:  
el ejemplo de Álvaro Mutis\*

*Michèle Lefort*  
CRICCAL\*\*, Francia

*La liberté c'est toute l'existence.  
Mais les humains ont créé les prisons,  
les règlements, les lois, les convenances  
Et les travaux, les bureaux, les maisons.  
René Char, A nous la liberté<sup>1</sup>*

*L'artiste naît [...] prisonnier du style,  
qui lui a permis de ne plus l'être du monde.  
André Malraux<sup>2</sup>*

El escritor colombiano Álvaro Mutis llega a México D.F. en octubre de 1956, huyendo de las amenazas de encarcelamiento

---

\* Este estudio trata esencialmente de dos documentos. Por una parte, el *Diario de Lecumberri*, publicado bajo el título de *Cuadernos del Palacio Negro, diario de la prisión de Lecumberri* (Barcelona, Ediciones del Mall, 1986), y por otra: *Cartas de Álvaro Mutis a Elena Poniatowska*, México, Alfaguara, 1998. En adelante estos dos libros aparecerán bajo las respectivas abreviaciones de DL y EP. El presente texto fue inicialmente publicado en las Actas del coloquio "Récits de prison et d'enfermement", Presses de l'Université d'Angers, 2010, pp. 119-126, bajo el título: *En-deçà et au-delà des barreaux. Journal et lettres de prison, entre réalité et fiction: l'exemple d'Álvaro Mutis*.

\*\* Centre de Recherches Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine, Paris, Sorbonne nouvelle.

<sup>1</sup> La libertad es toda la existencia, / Pero los humanos crearon las cárceles, / Los reglamentos, las leyes, las conveniencias / Y las faenas, las oficinas, las casas. (René Char) [La traducción es nuestra]

<sup>2</sup> El artista nace [...] prisionero del estilo que le permitió ya no serlo del mundo. (Malraux, *Les Voix du su silence. Las voces del silencio*) [La traducción es nuestra]

que pesan sobre él, dejando en Bogotá a su esposa e hijos, a parientes y amigos<sup>3</sup>. Sin embargo, en septiembre de 1958, debido a una petición de extradición de Colombia y a un acuerdo entre ambos países, es detenido en plena calle y conducido al Palacio Negro de Lecumberri, la cárcel local donde permanecerá hasta el 22 de diciembre de 1959, es decir, los quince meses que duró el juicio en cuyo fallo será declarado inocente.

Este hombre erudito, poeta reconocido<sup>4</sup>, gran melómano, reputado con razón por sus cualidades humanas, su generosidad, su trato agradable, su proverbial don de gentes, se encuentra brutalmente privado de todo. De un día para otro, queda preso del miedo y la humillación, de esos “carcelazos”, palabra con la cual los presos nombran la depresión asociada al encierro carcelario.

El “carcelazo” –dice Álvaro– es una total desesperanza, es todo un terrible estado de ánimo. Es cuando se le cae a uno encima la Cárcel con todos sus muros, rejas, presos y miserias. Es como cuando se hunde uno en el agua y busca desesperado salir a la superficie para respirar; todos los sentidos, todas las fuerzas se concentran en eso tan ilusorio y que se hace cada día más imposible y extraño... ¡salir! (EP, 80).

La prisión aniquila toda intimidación, lo que le recuerda sus once años de internado, de los siete a los dieciocho, primero en Bruselas y luego en Bogotá, durante los cuales tuvo que “conformarse cada minuto del día al deseo y el capricho de los demás”, lo que finalmente no era nada si se compara con aquellos, desprovistos de “la frescura, la fuerza, el entusiasmo” propios de

---

<sup>3</sup> “En Bogotá fui jefe de Relaciones Públicas de la Standard Oil, la Esso. Se me acusó de aplicar indebidamente ciertos fondos de esa compañía destinados a servicios de beneficencia. En eso hubo mucho de verdad. Pero es que yo consideraba una actividad benéfica, entre otras, el ayudar a desterrados políticos y a otros perseguidos por el dictador de mi país. [...] No es que yo me esté dando baños de pureza, el vértigo de la buena vida y del dinero me hizo perder toda perspectiva. Empecé a manejar el dinero como si fuera mío, la selección de mis beneficios fue caprichosa, caí en el desorden” (EP, 41).

<sup>4</sup> *Los elementos del desastre*, libro de título profético, según sus propias palabras (EP, 68), publicado en 1953 por Losada en Buenos Aires había recibido una excelente crítica.

la infancia, impuestos por tres mil seres allí amontonados, arastrando sus “complejos, miserias, mezquindades y groserías [...] al margen de la sociedad” (EP, 110-111).

Elena Poniatowska, escritora y periodista, decide entrevistar a los sindicalistas ferroviarios encarcelados en Lecumberri. Al mismo tiempo su periódico le encarga asistir a una representación, dentro de la misma cárcel, de la obra de teatro *El Cochambres*<sup>5</sup>, dirigida por Álvaro Mutis. Este encuentro dará lugar a una serie de entrevistas y a una relación epistolar que duraría seis meses, del 4 de junio de 1959 a noviembre de 1959. Estas doce cartas, que él llega a calificar de “Rollo del Mar Muerto” (EP, 92) y que por su origen pertenecen estrictamente a la esfera privada, constituyen un importante aporte a la comprensión de la realidad del diario vivir entre rejas, cuando se publican cuarenta años más tarde, en 1997. Al mismo tiempo que aclaran la gestación y el contenido de los cinco relatos que componen el *Diario de Lecumberri*, cuya escritura es contemporánea de dicha correspondencia.

Esta nutrida correspondencia así como la que mantuvo con sus amigos colombianos y mexicanos (Alfonso Reyes, Juan Rulfo, Octavio Paz, y también Luis Buñuel, exiliado en México...) le insufla la fuerza de resistir: “(...) esto me hace sentir, de nuevo, un ser vivo y no una momia dedicada al soliloquio angustioso e inútil” (EP, 83). Sin embargo, a pesar suyo, a veces llega a apiadarse de sí mismo, a abandonarse a un “adagio lamentoso” y a “hablar solo en voz alta”:

Por más que trate de no caer en el lugar común de todos los huéspedes de Lecumberri, que consiste en hablar de “su caso”, ahí me tienes dándote lata con mi kafkiano asunto. Te prometo no reincidir (EP, 72).

---

<sup>5</sup> Obra escrita por Rolando Rueda de León. La mayoría de los actores serán los ferroviarios que entonces eran presos políticos.

Huyendo de la humillante compasión<sup>6</sup>, lo que va buscando es reconocimiento. A esta bajada al infierno le toca hacer frente dignamente, con la ayuda, por cierto, de sus amigos, pero con tal que se respeten ciertas reglas. Elena Poniatowska le propone publicar sus entrevistas bajo forma de reportaje. De acuerdo, le contesta, es una excelente idea, pero con una condición: que esto se inscriba dentro de la esfera puramente literaria y aparezca en el suplemento dominical de *México en la Cultura*. Ya no tolerará esa imagen estereotipada que de él se difunde, de timador y peligroso malhechor, que la Embajada de Colombia se complace en retomar, ni tampoco la dura campaña de prensa montada por sus amigos colombianos que hacen de su caso un asunto político, dado que él suele desconfiar de la política. Lo que está en juego es su orgullo de hombre y su independencia de escritor. Rejas adentro como rejas afuera, es poeta y como tal se reivindica y quiere que se le considere: “Poeta *in carcere et vinculis*”, “absurdo poeta prisionero”, o “poeta *in priggione*” como se auto-designa en sus cartas.

Mi caso es únicamente, Héléne, otro capítulo de mi libro *Reseñas de los Hospitales de Ultramar* –que es el que editan ahora en Colombia– y estoy tan orgulloso de él, en el fondo, que no podía menos de contártelo. Me hubiera gustado mucho que me preguntaras, por ejemplo: “¿Y cómo es que has ido a parar a Lecumberri? ¿de qué te acusan?” (EP, 75).

Lo que ella no hizo tanto por pudor como por temor a lastimarlo, y lo que él echa en falta porque le hubiera dado la oportunidad de contar algo por el estilo: “Había una vez un joven colombiano a quien... etc., etc.”. En efecto, siente que se está volviendo el “protagonista” de una oscura historia cuyos capítulos va desgranando a lo largo de sus cartas a Elena, con el fin de saciar su “curiosidad de periodista” y para que conozca un

---

<sup>6</sup> Comenta con ironía e irrisión “la estúpida irrupción” en Lecumberri de un equipo de televisión, “con sus inevitables mariachis” y “una dosis muy grande de piedad para los pobres presos. Piedad de esa desinfectada, aséptica, de la que dan los Rotarios o los Shriners o las Damas Católicas. Y nosotros allí impasibles aguantando el chaparrón, con la Cárcel a cuestras, viendo cómo estos ‘libres’ nos miraban con una mezcla de miedo y de curiosidad [...]” (EP, 86).

poco “al personaje” que, “ni es el poeta que le pintaron al funcionario de Relaciones Exteriores [...], ni es la blanca paloma que cree [su] mamá” (EP, 89).

Dar de leer y dar a ver la experiencia de la prisión, obliga al poeta a optar por el relato. En efecto, escribir poesía se ha vuelto “terriblemente difícil” debido a que en la cárcel se vive “bajo presiones tremendas [...] que comprimen hasta la asfixia esa imprescindible atmósfera, indispensable para la poesía”:

Entonces se comienza a rumiar las anécdotas de la Cárcel, la trama de los días que pasamos en ella y así está naciendo ese “Diario de Lecumberri” que muy probablemente un día rompa o queme, por ser únicamente testimonio o historia, pero no creación, que es lo que hay que tratar de lograr siempre (EP, 73).

Esta imperiosa necesidad de escribir va a la par con el doble sentimiento de insatisfacción en cuanto a la calidad de lo que está escribiendo<sup>7</sup> y a su inutilidad en cuanto al impacto que pueda tener sobre sus “improbables” lectores<sup>8</sup>. En efecto, para Álvaro Mutis, decir la cárcel no constituye una simple terapia personal destinada a llenar la vacuidad del tiempo y poner palabras sobre lo que no tiene nombre para vencer los “carcelazos” (no es un azar si el primer relato del *Diario de Lecumberri* empieza por una evocación de este malestar y del miedo que lo invade todo), es también contar para el otro, el lector libre de la calle, pero teniendo consciencia de la probable vanidad de dicha empresa. Son aquellas dudas las que expresa cuando tras haber contado los estragos de la “teca balín”, la heroína adulterada que circulaba en el Palacio Negro y que acabó provocando una hecatombe:

<sup>7</sup> Cuando de nuevo escriba poesía será “más para él solo”, una poesía marcada por el sello de esta “confesión personal” que tanto detesta, pero que en aquel entonces constituye para él una necesidad.... “una poesía ‘de abrirse las venas’ como le decía Lorca a un amigo” (EP, 100 y 93). Este amigo no es otro que el colombiano Jorge Zalamea (véase *Epistolario completo de Lorca*, ed. Cátedra, 1997, pp. 587-588).

<sup>8</sup> Retomamos aquí una expresión que aparecerá de manera recurrente en los futuros escritos de Álvaro Mutis.

No sé muy bien por qué he narrado todo esto. Por qué lo escribo. Dudo que tenga algún valor más tarde, cuando salga. Allá afuera, el mundo no entenderá nunca estas cosas. Tal vez alguien debe dejar algún testimonio de esta asoladora visita de la muerte a un lugar ya de suyo muy semejante a su viejo imperio sin tiempo ni medida. No estoy muy seguro. Tal vez sea útil narrarlo, pero no sabría decir en qué sentido, ni para quién (DL, 17).

No obstante, a pesar de sus dudas seguirá “tomando notas”. Esto forma parte de las actividades cotidianas que describe a Elena:

¿Que qué hago todo el día?...Ya lo ves, ensayo y trabajo furiosamente en el teatro, leo, escribo un poco por las noches, sueño, sueño mucho y oigo las largas historias de los presos, sus mentiras conmovedoras, sus mezquinas confesiones, sus fabulosas historias y recuerdos [...] (EP, 71)

He aquí la materia, cuya trama son esas notas, de lo que él llama su diario, pero que es en realidad muy distinto de lo que pretende ser. Sin minimizar la función catártica del acto de escribir la rabia, los miedos, las frustraciones, las angustias que llenan su diario vivir, este diario va mucho más allá de la escritura “de uno mismo”. Álvaro Mutis siente la necesidad de “ficcionalizar” la experiencia carcelaria:

¡Qué mundo fabuloso para quien tenga talento narrativo! Es algo que nadie puede imaginarse. Una especie de paraíso gidiano en versión de Tepito. Ya te contaré, si no te molesta, porque casi nadie sabe de la existencia de ese mundo y de sus especiales y pintorescas costumbres, luchas y miserias. (Mira, en mi afán de no ser literario y de escribirte “a como vaya saliendo” lo que he venido a contarte de anécdota y de color local) Pero no me negarás que es una primicia (EP, 88).

Con ese talento de narrador del que pretende carecer, en el tercer relato, nos entrega sus reflexiones frente al cadáver de Palitos, apuñalado en su crujía a la madrugada, “libre ya de la desordenada angustia” de su vida cuyos meandros nos va a contar en un conmovedor flash-back. Observa “la tensa piel de su delgado cuerpo al que las drogas, el hambre y el miedo habían dado [...] una cierta pureza” que le recuerda “el cuerpo de esos santos que se conservan debajo de los altares de algunas iglesias, en cajas de cristal con polvorosas molduras doradas” (DL, 31). La extrema delgadez de este yacente le recuerda un legionario del Greco y encuentra en “la severa hermosura” de este cadáver “color marfil antiguo”, “la milenaria *condición humana*” y aquella dignidad que había perdido en vida. Pero el colofón nos hace bajar brutalmente de la ficción a la fría realidad del testimonio:

Al tobillo le habían amarrado una etiqueta, como esas que ponen a los bolsos y carteras de mano de los viajeros de avión, en la cual estaba escrito a máquina: “Antonio Carvajal, o Pedro Moreno, o Manuel Cárdenas, alias: ‘Palitos’. Edad: 22 años. “ Y debajo, en letras rojas subrayadas: “Libre por defunción” (DL, 37).

El cuarto relato se abre sobre el impacto de la lluvia torrencial que una tarde se abate sobre D.F. y que no puede sino hacer remontar en él los recuerdos del Tolima de su niñez y juventud, “la intacta materia de otros días/salvada del ajeno trabajo de los años”<sup>9</sup>. Por eso escribe:

[...] tuve la impresión de que el penal había comenzado a navegar sobre las aguas innumerables y nutridas que caían del cielo y que viajábamos todos hacia la libertad, dejando atrás jueces, ministerios, amparos, escribientes, guardianes y todas las demás bestias que se pegan a nuestras carnes sin soltar la presa y dan ciegas cabezadas de furia para destrozarnos (DL, 43).

<sup>9</sup> “Nocturno”, *Los trabajos perdidos*. En: *Summa de Maqroll el Gaviero*, México: Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 68.

He aquí lo que concierne al “ser-rejas adentro”, justo antes de que irrumpa, rompiendo el sueño, la atroz realidad puesto que “fue en esa noche cuando mataron al viejito Rigoberto”. La cárcel es el imperio de la droga y de la muerte. De los cinco relatos, tres le están dedicados.

Pero, ¿quién era Rigoberto? Ese viejito *tecatero*, o sea: adicto a la heroína, de rostro demacrado cuya “piel arrugada y oscura” recuerda “la cáscara de una nuez que hubiera estado mucho tiempo sepultada entre la hojarasca húmeda del campo”, ese hombre honrado que a nadie hace daño ni con nadie se mete, como suele presentarse él mismo, resulta ser el parangón del mal absoluto. Rigoberto “mataba por encargo” y en este “oficio” era hábil, meticulado y despiadado. En los sesenta y siete años de su existencia, cuarenta y dos pasados entre rejas, fue autor de cien asesinatos, unos treinta de ellos dentro de la cárcel de Lecumberri, y “era notable escuchar su quebrada y monótona cantinela y oírle narrar sin violencia y hasta con cierta suavidad de abuelo, algunas de sus querellas”. Este siniestro individuo “tenía esa particular ternura de los indios viejos” cuando atendía a los hijos de los visitantes. Álvaro Mutis confiesa que le resultará imposible olvidar a Rigoberto, como le resulta imposible olvidar “muchas cosas de este mundo de la prisión que han sido materia y savia de [su] vida en estos quince meses. [...] Esas cosas no se olvidan, no son asunto de la memoria, son como esas balas que se alojan en el cuerpo y viajan por debajo de la piel y van a la tumba con su dueño [...]” (DL, 45).

El quinto relato está dedicado a los distintos baños de vapor repartidos por el Palacio Negro con su jerarquía y sus virtudes:

Desnudos, sin uniforme, sin letras ni números, volvemos a tener nuestros nombres y hablar nuestra vida de “afuera”, de la gozosa materia de nuestros días de hombres libres (...) La corriente purificadora del agua y el vapor que brama al escaparse de las llaves, ahuyentan



la humillante presencia del castigo. (...) Nunca vemos los rostros, ni distinguimos los cuerpos que evocan con tan intensa y delirante devoción, una vida ajena a la miseria definitiva de Lecumberri. (DL, 53)

En sus evocaciones más o menos noveladas e idealizadas de los tiempos felices de “antes”, todos estos prisioneros, en su absoluta desnudez anegada en la niebla del hammán que diluye las miradas susceptibles de juzgar, independientemente de los motivos de su encarcelamiento, son de una humanidad extremadamente conmovedora, iguales en sus fracturas psicológicas y su sed de libertad. No por casualidad la frase que cierra este relato y pone un punto final al Diario evoca “el sempiterno fantasma de la libertad que nos envenena todas las horas”, puesto que como escribió más tarde Álvaro Mutis: “Vivir sin recordar sería, tal vez, el secreto de los dioses”<sup>10</sup>, tan grande es a veces “el sufrimiento profundo de todos los prisioneros” obligados a “vivir con una memoria que no les sirve de nada”<sup>11</sup>.

Llegados a este punto queremos prestar una atención especial al segundo relato. Una vez “instalado” en el universo carcelario, el erudito que es Álvaro Mutis analiza ese universo a través de sus lecturas. Está rodeado de “personajes” a los que tendrá que “inventar” por medio de la escritura para hacerlos “auténticos” a ojos de los lectores de afuera. Y es lo que consigue con cierta fruición:

Cuál no sería mi asombro, cuánta mi felicidad de coleccionista, cuando tuve ante mí y por varios meses para observarlo a mi placer, a un evidente, a un indiscutible “personaje de Balzac”. Un avaro (DL, 21).

---

<sup>10</sup> “La visita del Gaviero”, *Los Emisarios*, *ibíd.*, p. 160.

<sup>11</sup> Albert Camus, *La Peste*.

A continuación ofrece un extraordinario retrato de Abel<sup>12</sup>, doblemente “encerrado” en su avaricia exacerbada y en su celda-bunker donde convive con una multitud de ratas que se deleitan con los alimentos que allí amontona, celda que se niega a abandonar por negarse a pagar los tres mil pesos de fianza por su liberación. Álvaro Mutis tiene la certeza de haber encontrado en él a uno de esos “tipos humanos nacidos de la literatura –de la verdadera y perdurable, es obvio–”, una de esas criaturas de *La Comedia Humana* que se impone al lector “con denominador propósito ejemplarizante” (DL, 21). Una vez expulsado Abel, Mutis, llevado de la curiosidad, penetra en la celda y es como si se encontrara “en la del abate Faria de las viejas versiones del cine mudo de *El Conde de Montecristo*”. Todas estas referencias a un más allá literario que esmaltan sus propios textos, son, a imagen de todos aquellos numerosos libros<sup>13</sup> que devora, una manera de evadirse. Por consiguiente entendemos mejor que, algunos meses después de haber salido de la cárcel, su *Diario de Lecumberri*<sup>14</sup> haya sido publicado en una colección titulada “ficción”. Por otra parte indica en epígrafe que:

Estas páginas reúnen [...] el testimonio parcial de una experiencia y la ficción nacida en las largas horas de encierro y de soledad. La ficción hizo posible que la experiencia no destruyera toda razón de vida. El testimonio ve la luz por quienes quedaron allá, por quienes vivieron conmigo la más asoladora miseria, por quienes me revelaron aspectos, ocultos para mí hasta entonces, de esa tan mancillada condición humana de la que cada día nos alejamos más torpemente.

---

<sup>12</sup> Abel era “de alta y desgarbada figura, rubio, con un rostro amplio y huesudo que surcaban numerosas arrugas de una limpieza y nitidez desagradables, como si usara una piel ajena que le quedara un poco holgada [...]. Su figura tenía algo de vaquero del oeste que repartiera sus ocios entre la predicación y la homeopatía” (DL, 22).

<sup>13</sup> Descubre, atónito, la increíble riqueza de la biblioteca de Lecumberri (por ejemplo las Cartas del Príncipe de Ligne en la edición original de Madame de Staël). Además hace incesantes encargos a sus amigos a los que acosa hasta que le traigan sus libros favoritos para releerlos. Lector bulímico incluso le escribe a Elena: “hay veces que no quisiera salir libre para poder leer a mi gusto todo el día” (EP, 83).

<sup>14</sup> Editado por la Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960.

Retomando *un mot-valise*, una tan elocuente “palabra-maleta” inventada por el escritor español Julián Ríos, Álvaro Mutis tiene que *escrivivir* para no hundirse en la locura y la desesperanza. “*Escrivivir*”, significa en este caso trascender un presente sórdido, vivir dentro de y gracias a la ficción, hablar de sí mismo de otra manera y dar sentido a su vida, decirla “de una manera particular”. Rescatando la realidad, la escritura le devuelve a sí mismo y a los demás, le devuelve su dignidad de hombre.

“Una existencia de escritor está, por definición, llena de bombas de relojería”, escribe Philippe Solers<sup>15</sup>. El largo año pasado en Lecumberri marcó de por vida a Álvaro Mutis. Allí descubrió un universo que hasta entonces le era totalmente ajeno, el del hampa, de los bajos fondos, de la droga y de los fracasados. Esos “personajes” cruzarán muchas veces el camino de Maqroll el Gaviero y Abdul Bashur (como por ejemplo: Ivan, en *La Nieve del Almirante*, Van Branden, en *Un Bel morir*, Rompe-espejos, en *Abdul Bashur soñador de navíos*). La cárcel estaba poblada de hombres violentos, agresivos, pero también de pobres diablos, víctimas culpables o inocentes (como *El Cochambres*) a quienes la vida no había hecho regalos, pero que en ciertas ocasiones sabían recordar qué sentido tiene dar al otro. “Fue un curso en el que aprendí el ejercicio de la indulgencia”, afirma antes de añadir:

De Lecumberri salí convencido, para siempre, de que ningún hombre tiene el derecho a juzgar a otro hombre por cuenta de esa mentira que son las leyes, y los códigos, y en definitiva una justicia que debió inventar gente que había perdido la noción de lo que es el ser humano, de cómo se comporta y de cuáles son los sentimientos que lo mueven. Y aprendí a aceptar las cosas como nos las va presentando la vida [...]<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> “Une existence d’écrivain est, par définition, pleine de bombes à retardement”, *Le Monde*, 11-02-1994.

<sup>16</sup> Fernando Quiroz, *El Reino que estaba para mí*, Ed. Norma, Bogotá, 1993, p. 102.

Fatalismo, aceptación, escepticismo, longanimidad, indulgencia, aptitud a escuchar y comprender al otro, a evitar cualquier juicio apresurado o injusto, he aquí algunas importantes facetas de la personalidad de Maqroll directamente heredadas de esa inmersión de Mutis en el universo de Lecumberri, en medio de esos seres humanos que la sociedad ya no consideraba como tales. “Sin Lecumberri no hubiera escrito mis siete novelas [...] –como Cervantes empezando el Quijote en una celda de Sevilla–. Sin Lecumberri, *La Summa de Maqroll el Gaviero* no existiría” (EP, 124-25) afirma, y resulta una evidencia. Está claro que de ningún modo quisiera volver a tener esta cruel experiencia, como lo expresa claramente: “Jamás la he aceptado, ni siquiera como experiencia humana, ni hubiera querido vivirla por ningún motivo. Si me ha hecho bien –y esto falta por ver, pues a veces siento unas grietas muy feas que antes no me conocía– ha sido à contre cœur”. O sea que, contra su voluntad, allí, rejas adentro, nació otro Mutis, “preso de un nuevo estilo que le permitió ya no serlo del mundo carcelario”. En una de sus últimas cartas a Elena Poniatowska escribe lo siguiente:

Todas estas cosas y estos seres que ves se irán acomodando en tu memoria y despertando y avivando fuerzas dormidas o increadas y de ello saldrá, si te lo propones –y debes proponértelo– un libro. (...) Ahora, con mucha más razón debes estar preparando, madurando, un material que mañana te servirá muchísimo. Pero no debes pensar que sea precisamente para escribir un libro “sobre la cárcel”. [...] No te sientas en el deber de “aprovechar esta experiencia”. [...] Ésa es una posición periodística, artificial y falsa. Las cosas son importantes, interesantes, valiosas según estén ordenadas, sentidas, vividas por lo más auténtico y secreto de nosotros, por ese ser que llevamos adentro y que hace poemas, se enamora, sufre y ríe misteriosamente. (...) Lo que de la Cárcel hayas vivido “verdaderamente”, permanecerá siempre y formará parte de tu ser sin que tú misma te lo propongas (EP, 109).

En 1964, Álvaro Mutis publicará su poemario *Los trabajos perdidos*. Esos *trabajos perdidos* estarán fuertemente impregnados por los años desperdiciados, y habrá que esperar a 1986 hasta que aparezca *La Nieve del Almirante*, primera de las siete “novelas” que componen la saga de Maqroll cuya última entrega salió en 1993. Es decir: el tiempo de maduración necesario para la elaboración de una obra, atravesada por la memoria incrustada en lo más hondo de su autor<sup>17</sup>, y que le vale el reconocimiento internacional que todos sabemos: premio Médicis étranger en Francia, Grinzane Cavour en Italia, Príncipe de Asturias, Reina Sofía y Cervantes en España, Neustadt en Estados Unidos, por no citar sino algunos. Si la lista es tan larga es porque sus numerosos lectores de todo el mundo bien saben que, *con denominador propósito ejemplarizante*, Maqroll el Gaviero ha accedido al panteón *de todos los tipos humanos nacidos de la literatura –de la verdadera y perdurable*. Obviamente.

---

<sup>17</sup> Tras haber leído este texto mío, Santiago Mutis Durán me escribió lo siguiente: “Para mí el Diario es uno de sus mejores libros, como La Mansión y el relato sobre Bolívar (...), esos son los libros que a mí más me dicen, y tal vez de los pocos que no pertenecen a Maqroll. Yo no considero el Diario como tributario de las novelas, sino una pieza única, hermosa, despojada, dolorosa... y una lección de escritura, de cómo afrontar hoy la realidad”.